

Mensaje para la Paz de Juan Pablo II

El siglo XX y los Derechos Humanos (II)

P. Fco. Javier Ibasate, S.J.

El derecho a la paz

Juan Pablo II dice: "La guerra destruye, no edifica, debilita las bases morales de la sociedad y crea ulteriores divisiones y tensiones persistentes" (p. 17). Esto lo sabemos y lo sufrimos por propia experiencia. El Papa repitió esta frase con ocasión de la operación "zorro del desierto" en Irak. Pese a los esfuerzos de paz en varios países, "las noticias continúan hablando de guerras y conflictos armados con un sinnúmero de víctimas... Pero, a la vez, ¿cómo no denunciar las masacres que continúan en otras partes, con la deportación de pueblos enteros de sus tierras y la destrucción de casas y cultivos?" (p. 17). Se siguen repitiendo los mismos crímenes contra la humanidad. El párrafo que viene a continuación es una condena muy fuerte a ciertos Estados o gigantescas empresas, que mueven los hilos de estas guerras por razones económicas; así lo dice el Papa:

"Ante las víctimas ya incontables, me dirijo a los responsables de las naciones y a los hombres de buena voluntad para que acudan en auxilio de los que están implicados en atroces conflictos especialmente en Africa, por intereses económicos externos, y les ayuden a poner fin a los mismos. Un paso concreto en este sentido es seguramente la abolición del tráfico de armas hacia los países en guerra y el apoyo a los responsables de esos pueblos en la búsqueda de la vía del diálogo... Gémenes de guerra se difunden también por la proliferación masiva de armas ligeras que, al parecer, circulan libremente de un área de conflicto a otra, sembrando violencia a lo largo de su recorrido" (pp. 18-19).

A la insensibilidad ante la pobreza se suma la insensibilidad ante las masacres y las muertes masivas, y en el fondo por razones económicas. Ojalá que estos párrafos no sean una carta al Niño-Dios cuando los presupuestos militares de los grandes Estados son "top-secret" (Khennet Galbraith) y cuando en el Consejo de

Seguridad de las Naciones Unidas se asientan los cinco mayores exportadores de armas. Por esta razón Juan Pablo II alaba

"la reciente iniciativa de una Conferencia Diplomática de las Naciones Unidas que, con una deliberación específica, ha aprobado los Estatutos de una Corte Penal Internacional, destinada a determinar las culpas y castigar a los responsables de los crímenes de genocidio, crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y de agresión. Esta nueva institución, si se constituye sobre buenas bases jurídicas, podría contribuir progresivamente a asegurar a escala mundial una tutela eficaz de los derechos humanos" (p. 12).

El internacionalmente sonado caso del general Pinochet nos recuerda que también, desde la ideología de la "seguridad nacional" occidental y en nombre de otros "dioses menores", los propios intereses económicos, se han cometido similares crímenes contra la humanidad en nuestro continente. Tanto en El Salvador como en Guatemala se han querido revelar estos crímenes, en informes sobre la verdad, y el esfuerzo se ha traducido sea en el rechazo del informe (estupidez e intromisión extranjera), sea en el asesinato impune del obispo que lo leyó, Mons. Juan Gerardi. Se persigue la verdad...

Progreso global en solidaridad

Juan Pablo II toca aquí el tema de la globalización, de mercado y de la crisis financiera mundial. Al Papa le preocupa cómo va a comenzar el siglo XXI.

"La rápida carrera hacia la globalización de los sistemas económicos y financieros, a su vez, hace más clara la urgencia de establecer quién debe garantizar el bien común y global, y la realización de los derechos económicos y sociales. El libre mercado, de por sí no puede hacerlo, ya que en

comentarios

realidad existen muchas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Por encima de la lógica de los intercambios a base de parámetros y de sus formas justas, existe algo que es debido al hombre porque es hombre, en virtud de su eminente dignidad” (p. 14).

Juan Pablo II, que en la encíclica *Centesimus annus*, 1991, había celebrado la caída del régimen comunista, sin derramamiento de sangre, y que se preguntaba (no. 41) si la economía de empresa o ¿economía de mercado? pudiera dar una respuesta a los problemas del mundo, reconoce al terminar el siglo que tampoco ahí está la solución. Recordemos las palabras citadas anteriormente:

“No menos perniciosos, aunque no siempre tan vistosos, son los efectos del consumismo materialista, en el cual la exaltación del individuo y la satisfacción egocéntrica de las aspiraciones personales se convierten en el objetivo último de la vida. En esta perspectiva, las repercusiones negativas sobre los demás son consideradas del todo irrelevantes” (p. 5).



El Papa se une a la presente inquietud mundial, incluso a la crítica generalizada de tantas instituciones y autores que, en forma más documentada, hemos descrito en el artículo: “Neoliberalismo y globalización” (ECA, 1998, pp. 893-907).

“Los efectos de las recientes crisis económicas y financieras han repercutido gravemente sobre muchas personas, reducidas a condiciones de extrema pobreza. En este contexto dirijo una llamada apremiante a los que tienen la responsabilidad a escala mundial de las relaciones económicas, para que se interesen por la solución del problema acuciante de la deuda internacional de las naciones más pobres... Es preciso un esfuerzo rápido y vigoroso que consienta al mayor número posible de países, de cara al año 2000, salir de una situación ya insostenible” (p. 15).

Con toda razón, Juan Pablo II cierra su mensaje con la parábola del Epulón y del pobre Lázaro: “Como indica claramente la parábola del rico, que quedará sin nombre, y del pobre llamado Lázaro, es el fuerte contraste entre ricos insensibles y pobres necesitados de todo. Dios está de parte de estos últimos. También nosotros debemos ponernos de esta parte” (p. 21).

La frase final no es un plural maiestático, referido sólo a Su Santidad el Papa Juan Pablo II; es un plural real, una exhortación dirigida a todas las jerarquías y jerarcas y a todos los miembros de la Iglesia. Estas palabras recuerdan lo que Juan Pablo II decía desde África a todas las conferencias episcopales: “La Iglesia debe ser la voz de los que no tienen voz; debe ser como un perro guardián de los derechos sociales”. Y exhortaba a que se crearan estas instituciones sociales allá donde no existieran. Se trata de una misión y de una opción preferencial por los pobres; el mayor bien común es el bienestar de las mayorías. Se trata de buscar y optar por un nuevo orden político y económico. ♦